



La serpiente de tres cabezas. Capital, población y naturaleza: la transformación del espacio putumayense a través de la oposición entre las espacialidades del capital y la popular

The Three-Headed Serpent. Capital, People and Nature: The Transformation of the Putumayo Space Through the Opposition Between the Spatialities of Capital and People

A serpente de três cabeças. Capital, população e natureza: a transformação do espaço putumayense (pertencente ao Estado de Putumayo) através da oposição entre as espacialidades do capital e popular.

Astrid Flórez

Universidad Católica de Lovaina
astridxi@gmail.com

RESUMEN

El artículo aborda los cambios en la espacialidad del capital y de los movimientos populares en el departamento del Putumayo, Colombia, por medio del análisis comparativo de las trayectorias de la acción colectiva frente al desarrollo y las transformaciones de la espacialidad para analizar la relación entre ambiente, sociedad y naturaleza durante los últimos veinte años. Se recurre a la ecología política, la geografía crítica y las teorías de la modernidad/colonialidad, así como a la historia ambiental para explicar la conflictividad social generada por los discursos del desarrollo gubernamentales, de los movimientos sociales y algunos enfoques empresariales. La pregunta central de investigación intenta dar respuesta a cómo se concibe el espacio en las lógicas de acumulación contemporánea en la zona, contravirtiendo el lugar central que el enfoque de la acumulación por desposesión ha favorecido mediante la elisión de los sectores subalternos. En el plano metodológico, el planteamiento central se fundamenta en el análisis crítico del discurso y en el uso de entrevistas semiestructuradas para hallar las teorías locales sobre el desarrollo más relevantes en la zona. Finalmente, el artículo reflexiona sobre la oposición de las lógicas del capital y la popular, estructuradas a partir de los discursos contradictorios del desarrollo entre el Gobierno colombiano y las poblaciones locales.

PALABRAS CLAVE

Movimientos sociales
Acumulación por desposesión
Putumayo
Espacialidad
Decolonialidad

Recibido: 29 de julio del 2014 / Aceptado: 9 de octubre del 2014

Cómo citar este artículo: Flórez, A. (2014). La serpiente de tres cabezas: capital, población y naturaleza: la transformación del espacio putumayense a través de la oposición entre las espacialidades del capital y la popular. *IM-Pertinente*, 2(2), 63-93.

ABSTRACT

The paper addresses the changes in spatiality of capital and of popular movements in the Department of Putumayo, Colombia, through comparative analysis of the trajectories of collective action in the face of the development and transformation of spatiality to analyze the relationship between environment, society and nature over the past twenty years. We resort to political ecology, critical geography and the theories of modernity/coloniality, as well as environmental history, to explain the social conflict generated by the discourses of development by the governments, social movements and some business approaches. The core research question seeks to answer how space is conceived in the logic of contemporary accumulation in the area, controverting the central place that the focus of accumulation by dispossession has favored by the elision of subordinate sectors. On the methodological plane, the central approach is based on critical discourse analysis and on the use of semi-structured interviews to find local theories about the most relevant development in the area. Finally, the article reflects on the opposition of the logic of the capital and the people, structured from the contradictory discourses of development between the Colombian government and local populations.

KEYWORDS

Social movements
Accumulation by
dispossession
Putumayo
Spatiality
Decoloniality

RESUMO

O artigo aborda as mudanças na espacialidade do capital e dos movimentos populares no estado de Putumayo, Colômbia, através da análise comparativa das trajetórias da ação coletiva diante do desenvolvimento e das transformações da espacialidade para analisar a relação entre ambiente, sociedade e natureza durante os últimos vinte anos. Recorre-se à ecologia política, a geografia crítica e as teorias da modernidade/colonialidade, assim como a história ambiental, para explicar a desassossego social gerado pelos discursos do desenvolvimento governamentais, dos movimentos sociais e alguns enfoques empresariais. A pergunta central de pesquisa tenta responder como se concebe o espaço nas lógicas de acumulação contemporânea na zona, controvertendo o lugar central que o enfoque da acumulação por desapropriação ha favorecido mediante a elisão dos setores subalternos. No plano metodológico, a proposta central se fundamenta na análise crítica do discurso e no uso de entrevistas semiestruturadas para achar as teorias locais sobre o desenvolvimento mais relevantes na zona. Finalmente, o artigo reflexiona sobre a oposição das lógicas do capital e da popular estruturada a partir dos discursos contraditórios do desenvolvimento entre o Governo colombiano e as populações locais.

PALAVRAS CHAVE

Movimentos sociais
Acumulação por
desapropriação
Putumayo
Espacialidade
Descolonialidade

Introducción

A finales de 1999, desplazarse desde Bogotá hacia la ciudad de Puerto Asís, en la frontera amazónica con Ecuador, podría considerarse una aventura equiparable a las expediciones caucheras de finales del siglo XVIII o con la tarea colonizadora de valientes expedicionarios. Aun a finales de los noventa, se trataba de una vía sin pavimentar, en la que luego de pasadas siete u ocho horas de distancia de Bogotá, la naturaleza se volvía indómita, agreste, exuberante.

Para emprender la aventura se debía contar con un espíritu arriesgado capaz de enfrentar retenes paramilitares, de la guerrilla, y sobrevivir a los múltiples atracos de la delincuencia común, hasta llegar a la ciudad de Mocoa. En adelante, pensando en destinos como Puerto Asís o La Hormiga, el menaje por procurarse debía contar con unos nervios de hierro y varios repuestos de riñones para sortear durante ocho horas más peligros semejantes, un camino lleno de lodo y la garantía de un tiquete de ida pero sin regreso.

Hoy, catorce años después, provista de las mejores precauciones, me dispuse en dos ocasiones a emprender la travesía con el propósito de comenzar la investigación doctoral cuyo interés se centra en indagar cómo se han construido las autonomías de los movimientos populares frente a las políticas y los debates del desarrollo bajo el Plan Colombia en este territorio.

A lo largo del desplazamiento, me encontré con un panorama radicalmente distinto al inicialmente descrito: disfruté de un plácido viaje en el que se invierte menos tiempo, una vía debidamente pavimentada y custodiada por las fuerzas del orden, con muy poco riesgo de retenes irregulares y dotada de toda la infraestructura necesaria para que circulen por esta inmensos furgones, maquinaria pesada, tropas, mercancías y personas.

Uno de los compañeros de viaje, que al principio parecía estar bajo los efectos del alcohol, hizo gala de su conocimiento de la zona y me contó cómo había visto guerrilleros bañarse en champaña porque era más barata que el agua misma cuando con la coca se podía comprar todo; también mencionó que en uno de sus viajes fue víctima de un inmenso trancón ocasionado por la captura de una serpiente de tres cabezas, de varios metros de longitud y tan gruesa como la mitad de un poste de luz.

Llegados al municipio de Villa Garzón, estas historias perdieron importancia frente a la aparición de la inmensa llanura amazónica de la que sobresalían unas bocanadas de fuego provenientes no de figuras mitológicas locales, sino de las quimeras de la modernidad: torres de explotación petrolera que se

tragaban el verde selvático entre columnas de negro humo y el naranja de sus llamaradas.

Más adentro de la “selva”, por la vía a Puerto Asís, la llanura se convierte en una serie de ondulaciones bañada por infinidad de riachuelos, la tierra se vuelve roja mientras a lado y lado permanecen apostadas las maquinarias que —luchando infructuosamente contra las aguas— intentan cimentar la vía.

Así se abre paso la Amazonia putumayense al siglo XXI, llena de esperanzas de progreso, inserción global y desarrollo, como en los tiempos de las misiones civilizadoras decimonónicas que prometían sacar de la pobreza a infinitas hordas de indios, a quienes habían cambiado cuarenta años de trabajo sin paga por un lugar en el paraíso.

De esta manera, se observan los profundos cambios que ha sufrido el departamento del Putumayo a través de los procesos de colonización forzada (Salgado y Fajardo, 2009) de los que ha sido objeto. En los últimos tres lustros las transformaciones se han hecho más marcadas y evidentes sin romper ciertas tradiciones como la violencia, el desplazamiento, la expansión de la frontera agrícola o la extracción de recursos naturales para los mercados internacionales.

La imagen de la serpiente de tres cabezas cobra relevancia como símil de una vía cuyo inicio es Mocoa, que se subdivide en tres direcciones: Puerto Asís, San Miguel y Orito, que traen vida y muerte a las variadas corrugaciones de un territorio que se estructura a partir de la interacción entre el capital, la población y los recursos naturales.

A continuación, nos adentraremos en las modificaciones espaciales más relevantes confrontando dos miradas: la del capital y la de los movimientos populares en la zona, que acoplados y en resistencia, modelan también su propio territorio.

En primer lugar, se abordará la discusión teórica desde las corrientes de la geografía crítica, la modernidad/colonialidad y la historia ambiental. En segundo lugar, se formulará la hipótesis central del texto sobre la tensión presente en la espacialidad en el Putumayo. Posteriormente, se caracterizará la dinámica espacial que ha promovido la acumulación por desposesión en referencia a las crisis sociales del departamento y las formas en las cuales los sectores subalternos responden a estas desde sus propias concepciones y maneras de gestionar el territorio. Finalmente, se plantean algunas salidas analíticas para la comprensión de la oposición de las espacialidades popular y del capital en un contexto de globalización autoritaria.

Espacios de acumulación y naturaleza

Contextualización teórica

El interés de este trabajo responde a una gran pregunta de orden teórico dentro de la geografía crítica: ¿cuál es la función que cumple el espacio en las lógicas de acumulación contemporánea y, a medida que el capital como relación social se expande e intensifica, cuáles son las transformaciones que produce sobre el espacio? Si bien, esta no es una inquietud reciente, ha dado lugar a respuestas de distinto orden entre las que consideraremos tres vertientes teóricas que alimentarán la presente discusión.

De acuerdo con Alimonda (2011), los debates sobre la Amazonia pueden ser incluidos bajo la idea de que el manejo colonial que se ha dado a la naturaleza resulta insostenible en el corto y largo plazo. Esta interpretación de la colonialidad se ha leído desde tres corrientes del pensamiento en América Latina.

La primera de estas es la dupla modernidad/colonialidad (M/C), una crítica de orden histórico, cultural y epistemológico centrada en mostrar cómo el pensamiento europeo adquirió una centralidad como referente político identitario a nivel mundial, a partir de la construcción de relatos de superioridad (ética, política, económica, etcétera) y desde la organización de los espacios globales de manera centrípeta. Paralelamente, mientras esta estructuración discursiva utilizó las nociones de *desarrollo* y *globalización* para mostrar la superioridad cultural, ocultó la construcción de un correlato de subalternidad, a través de la figura de la colonización, operación básica e inherente al primer proceso.

Desde el punto de vista espacial, esta corriente favoreció la interpretación según la cual, el globo consta de una división jerarquizada del espacio, atravesada por relaciones de poder desiguales cuyo centro físico está constituido por Europa, no solo como polo económico sino como *locus* de enunciación de la subjetividad.

La corriente M/C coincide en esta lectura con la vertiente marxista en la cual la expansión de la mentalidad colonial para los procesos de acumulación se hizo por la vía de la acumulación originaria, no solo desde el siglo XV, sino como una estrategia permanente en el desarrollo del capitalismo contemporáneo.

Al abordar factores de carácter histórico, emerge la historia ambiental para configurar la segunda corriente. Desde esta perspectiva, la naturaleza hace parte de nuestra historicidad, incluso la define no solo de forma biológica sino generando giros culturales, sin caer en el determinismo geográfico.

La historia ambiental que se pelea un espacio dentro del campo disciplinar histórico, indaga sobre cómo nos adaptamos a la naturaleza por medio de la tecnología y de las concepciones que de esta tenemos. En este sentido, aborda las interacciones entre las sociedades humanas y el medio natural.

Esto implica que el llamado *giro decolonial* de la M/C constituye un giro “natural decolonial”, por cuanto incluye los aspectos físicos y culturales que se derivan de la relación entre sociedad y naturaleza.

Esta natura física hoy degradada ha conducido a una crisis del capital mismo que debe usar el espacio como un nuevo nicho para generar acumulación de capital; dicha crisis tiene su origen en la idea promovida por el liberalismo de mercado de que era posible incluir la naturaleza y la fuerza de trabajo dentro del capital como mercancías, cuando ninguno de estos dos elementos lo es; también consideraba que esta inclusión se realizaba por medio de la desterritorialización.

La explicación a la crisis del capital supone una separación entre los vínculos del trabajador con el territorio cuando se le “libera” de la relación con la tierra, proceso que desequilibra el lazo entre dos formas de vida: la humana y la natural. Esta relación intrínseca en determinados relacionamientos económicos fue modificada por el capital; sin embargo, una corriente cada vez más expandida en Latinoamérica hace uso de una “economía moral fuerte” que se contrapone a las lógicas de mercantilización como consecuencia del capital. Así, ideas como el *buen vivir* y los *derechos de la naturaleza* han causado una “verdadera revolución”, al decir de Alimonda.

La historia ambiental difiere del marxismo en que las relaciones de producción son un elemento que se activa de manera fundamental en la configuración del espacio; para esta vertiente serían más importantes los mercados distantes con respecto al punto de proveniencia o consumo de las mercancías.

La tercera y última corriente es la ecología política, que surge como una respuesta a ciertas lecturas neomalthusianas y conservadoras de la lectura de la crisis ambiental en los años setenta. En esta interpretación, la ecología humana adquiere un sentido político tanto como las explicaciones ecológicas para ser más completas y comprensibles.

Representantes de la ecología política como David Harvey plantean la necesidad de considerar que los proyectos ecológicos tienen un carácter político-económico y viceversa, matiz que sumerge a la ecología política en la interdisciplinariedad.

De manera complementaria, Martínez Alier (citado en Alimonda, 2011) destaca la idea de incluir la “distribución ecológica” en los análisis del espacio,

puesto que a partir de esta se expresan las relaciones de poder o se modifican. Estas estructuras distributivas responden a determinadas estructuras discursivas, centro del análisis de Arturo Escobar, para quien la interacción entre la biología y la historia implica indagar sobre aspectos económicos, ecológicos y culturales, necesariamente.

El desarrollo de estas tres corrientes para analizar las relaciones entre espacio y capital dentro de la problemática planteada no tendría sentido si no fuera posible leer algunas implicaciones prácticas como la desnacionalización de los procesos de acumulación, la intensificación de la explotación y la reterritorialización de la alienación, la reinscripción de recursos naturales en lógicas globalizadoras o la modificación de los paisajes urbano-rurales. A continuación formularemos la pregunta de investigación específica que guía este trabajo: ¿cuáles son las concepciones sobre el espacio que se han visibilizado a partir de los debates del desarrollo en el departamento del Putumayo y cómo se ha dado respuesta desde los movimientos populares a las crisis sociales que este tipo de desarrollo genera en el territorio durante los últimos veinte años? Veamos.

Espacialidad del capital *versus* bioespacios

El propósito de este texto es mostrar la oposición de las lógicas de acumulación originaria¹ —propias de los espacios del capital— con respecto a las dinámicas del bioespacio —propias de los espacios populares— a partir de la transformación del espacio putumayense bajo el marco del Plan Colombia durante el lapso de una década (1999-2009).

Esta oposición se ha organizado a partir de la reconfiguración del espacio putumayense bajo lógicas de “acumulación originaria”² que han dado lugar a una “coherencia estructurada del territorio”, dichos procesos generan un correlato de construcción de “bioespacios” y “espacios populares” que resignifican las lógicas del capital. Si bien estas dos espacialidades convergen en

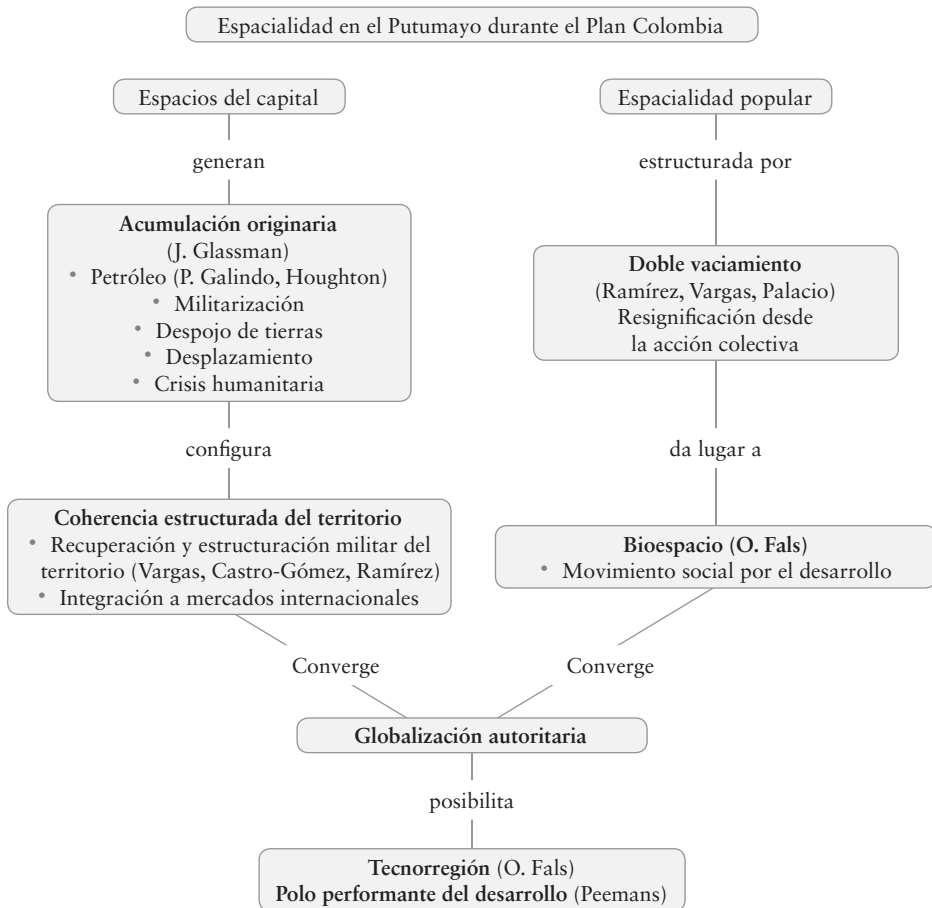
1 En este sentido se han pronunciado autores como Margarita Flórez, Jairo Estrada y Paula Martínez, quien señala que “el concepto de ‘acumulación originaria’ propuesto por Karl Marx hace referencia a las condiciones sociales necesarias para (re)producir mercancías que realizadas se convertirán en capital. Se refiere a la división inicial entre fuerzas productivas y medios de producción que permiten la existencia de hombres libres de propiedad que serán explotados como fuerza de trabajo, posibilitando la reproducción ampliada de capital y, por lo tanto, la acumulación. Pero también de tierras y recursos naturales liberados, que sin dueño o habitantes que las ocupen,

pasan a ser objetos de explotación” (2012, p. 117). Este concepto ha sido reactualizado por el geógrafo crítico David Harvey cuando propone la “acumulación por desposesión” como un proceso que interrumpe y destruye vías ya abiertas (Harvey, 2004, p. 129) con fuerte respaldo de las instituciones estatales. Esto quiere decir que las lógicas capitalistas son a la vez creativas y destructivas de espacialidades socialmente construidas.

2 En el caso del Departamento del Putumayo las bases de datos que contienen cifras de desplazamiento, propiedad y usos de la tierra son muy

formas de globalización autoritaria, la intersección podría dar lugar a alternativas más equitativas si se considerara al Putumayo como una tecnoregión y como un polo performante del desarrollo en el mediano plazo (figura 1).

FIGURA 1. ESTRUCTURACIÓN DE LA ESPACIALIDAD EN EL PUTUMAYO (1999-2009)



Fuente: elaboración propia.

precarias tanto en el ámbito institucional como en el académico, por lo tanto, partimos de la secuencia de entrevistas realizadas a líderes sociales de la región en el marco de esta investigación para caracterizar teóricamente

la lectura del territorio. Una caracterización más detallada del fenómeno a nivel nacional se puede encontrar en los trabajos de María Soledad Betancur (2012).

La serpiente inyecta su veneno

Configuración de los espacios del capital

Para ilustrar la hipótesis partimos del supuesto según el cual el proceso de acumulación capitalista genera unas espacialidades determinadas, así como una configuración geográfica del proceso productivo, en concordancia con los trabajos de David Harvey (1990, 2007a, 2007b).

En este sentido, se observa que Putumayo ha seguido un patrón histórico de economía de extracción de productos agrícolas como la quina, el caucho, las pieles, la madera, el petróleo y la coca, cuyo modelo deja poco valor agregado a la región. Desde 1980 se convirtió en la principal región de producción de hoja de coca en Suramérica, superando la producción de países como Perú y Bolivia en los años noventa, fenómeno que produjo la centralización de la lucha antinarcóticos en este territorio.

A este proceso de poblamiento y explotación productiva se debe agregar la precaria presencia del Estado en términos de prestación de servicios y de administración de justicia, factor que ha favorecido la presencia de actores armados irregulares.

La calidad de vida es generalmente precaria, situación que se prolonga hasta años recientes: el departamento presenta un índice de necesidades básicas insatisfechas (NBI) equivalente al 79,5 % del total de la población (Betancourt, 2005), en su mayoría rural; mientras que la cobertura en educación secundaria alcanza el 47 % y la inasistencia corresponde al 35 % (Betancourt, 2005).

En general, se evidencia que el territorio está fuertemente militarizado, tanto por fuerzas regulares como irregulares, y que esta tendencia se ha fortalecido con la aplicación del Plan Colombia.

Se destacan en la región las acciones de los frentes 13, 32 y 48 de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC); en su momento de mayor auge el paramilitarismo actuó bajo el mando del Bloque Central Bolívar de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC); por parte de las fuerzas regulares se evidencia la existencia de al menos 7 bases de la Policía Antinarcóticos y del Ejército Nacional. El conflicto armado en el departamento ha presentado las más altas tasas de homicidios (131 por cada 100.000 hab. en el 2006) que en general duplican el promedio nacional (67,5 por cada 100.000 hab. en el 2006), de acuerdo con los datos de Betancourt (2005).

La situación en el departamento ha sido de permanente crisis, bien sea social, económica o política, causada por diversos factores. Cuatro de estos momentos se recuerdan con facilidad: el primero se relaciona con las marchas cocaleras en 1996, cuando quedaron bloqueados durante más de dos meses varios departamentos del sur de Colombia ante el anuncio de las fumigaciones a los cultivos de uso ilícito por parte del gobierno Samper.

Posteriormente, en 1999 se aplicó el Plan Colombia como el tercer componente de la política de paz contenida dentro del Plan Nacional de Desarrollo “Cambio para construir la paz”. Este Plan, anidado en las estrategias de desarrollo para el país, tuvo la característica central de unir tres elementos que hasta entonces no habían sido sistemáticamente ligados en la política nacional: desarrollo, paz y cooperación internacional.

A continuación, en el 2006 se reactivaron las marchas campesinas que de manera pacífica pusieron de presente la necesidad de renegociar la estrategia de desarrollo alternativo ante su fracaso, abriendo un espacio de negociación con la Usaid sobre sus estrategias de política local.

Finalmente, en el 2008, el departamento quedó en una profunda crisis social y política debido a la ilegalización de las estructuras financieras extraestatales conocidas como *pirámides*, especialmente DMG, caída a partir de la cual se generó una nueva ola de controles por parte del Estado a la captación de dineros y de flujos financieros importantes.

En la perspectiva de David Harvey, cuando se trata de reorganizar los momentos de la crisis, el capital busca nuevos espacios y genera soluciones espacio-temporales para ello. En esta dinámica, los sectores capitalistas nacionales han generado de manera rápida las readaptaciones necesarias para cada momento de crisis como se observará a lo largo de este trabajo.

En el Putumayo, la solución espaciotemporal podría caracterizarse por dos tipos de medidas: la aplicación de estrategias de control militar del territorio y de la población, así como la reinserción de la dinámica económica local dentro de las tendencias de política de desarrollo nacional.³

Para el caso de las marchas cocaleras se dio inicialmente la vía del diálogo para la firma de una Plan de Desarrollo Integral, que en la perspectiva de algunos no era sino una reedición de proyectos ya incluidos en el Plan de Desarrollo departamental según el conocido trabajo de María Clemencia Ramírez, *Entre el estado y la guerrilla* (2001). Resulta curioso el hecho de que cuando

3 Para una exhaustiva caracterización del periodo 2002-2010, véase el trabajo de Germán Palacio (2010).

el pacto fue incumplido y se motivaron los primeros reclamos de la población, este fenómeno coincidió con la expansión del paramilitarismo a lo largo de la vía Mocoa-San Miguel.

Seguidamente, a mitad de 1999, el agravamiento de la crisis humanitaria encontró como correlato en la política pública una reestructuración radical del modo de producción local que se consideraba causante de las crisis: el cultivo de coca, razón por la cual, la lucha contra el narcotráfico se destacó como el nuevo marco discursivo de organización espacial; de esta manera, bajo la bandera del Plan Colombia se aplicaron de manera impuesta las fumigaciones y una estrategia de control militar del territorio.⁴

Luego de un proceso de fuerte intervención de la cooperación norteamericana, la agencia operadora Usaid enfocó sus esfuerzos al manejo de proyectos productivos (Programa Midas⁵) y de la gobernabilidad (Programa Adam⁶), estrategias que resultaron siendo un pequeño paliativo frente a las decisiones del Gobierno nacional de aplicar un plan de control de territorios a partir del Centro de Coordinación de Acción Integral (CCAI), cuya noción de desarrollo local se basaba en la realización de jornadas cívico-militares para recuperar la confianza de la ciudadanía en las fuerzas militares (Vargas, 2010). Paralelamente, la estrategia del Gobierno consistió en la conformación de grupos móviles de erradicación (GME) que significaron un retorno de los enfrentamientos bélicos y el agravamiento de la crisis humanitaria por la respuesta de la guerrilla de detener el avance de los GME mediante campos minados.

La cuarta crisis social se generó a partir de la ilegalización de la captadora de dinero DMG, identificada por los líderes locales como una empresa comercializadora lícita que generó alternativas económicas reales para el departamento, catalogada a nivel internacional como uno de los mejores *holdings*, y una de las mejores 900 empresas del país (Guerrero, 2005, p. 23), hasta que la clase política local y nacional no soportó más el hecho de que una “empresa exitosa captara tanto dinero por fuera de las lógicas de apropiación del capital bancario y financiero y que le dejara riqueza a los pobres” (entrevista a líder cívico, 2011). Durante esta crisis social la respuesta también fue la ocupación

4 Véase el trabajo de Ricardo Vargas (2010) en el que sostiene que a lo largo del periodo se produjo una securitización del desarrollo.

5 Se trata del programa Más Inversión para el Desarrollo Alternativo Sostenible orientado a la generación de proyectos productivos por parte de la Agencia de Cooperación Norteamericana Usaid, aplicado desde el 2003.

6 Este es el programa denominado Áreas de Desarrollo Alternativo Municipal, operado por Usaid con el fin de construir estrategias de gobernabilidad en el Departamento del Putumayo.

del territorio con pie de fuerza, el toque de queda y el cierre de los principales negocios comerciales de la zona.

Una de las explicaciones que podría hallarse a este patrón de uso de la fuerza para la expansión del capital o la iniciativa de un desarrollo autoritario es que se trata de una estrategia utilizada para controlar ciclos ilegales de la economía; sin embargo, al analizar el caso del petróleo, proceso totalmente regulado y prioritario en la agenda nacional, sucede lo mismo. Veamos.

Con respecto a la estructuración territorial del departamento, es importante señalar que el Putumayo siempre ha estado ligado a los mercados internacionales, tanto desde la explotación de la quina, el caucho, el comercio de fauna, la coca o el petróleo, de acuerdo con la interpretación de autores como Armando Guerrero (2005, 2010) y María Clemencia Ramírez (2001).

Según Pedro Galindo (2010), experto conocedor de los hidrocarburos en Colombia, la territorialización del Putumayo se ha hecho especialmente bajo la idea de la extracción petrolera con varias consecuencias espaciales: la primera es que, al dirigirse al mercado nacional, se expande la frontera agrícola, ya que genera flujos migratorios incontrolados bajo la búsqueda de pequeñas rentas. La segunda consecuencia es que el petróleo, como mercancía, tiene alcances de comercialización global que hacen que la región se integre de manera regional y suramericana como uno de los polos de mayor producción petrolera en la Amazonia. Esta integración se ha hecho mediante la construcción de la vía principal Mocoa-Puerto Asís-Orito (o hacia San Miguel), atrayendo la inversión de dineros para el desarrollo de infraestructura.

La importancia capital de este territorio se expresa no solo en sus riquezas naturales, sino como corredor estratégico para las mercancías y acceso a los servicios ambientales de la Amazonia. Allí convergen alrededor del 10 % de los proyectos de inversión de la Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana (IIRSA), así como el Tratado de Cooperación Amazónica, y señala este mismo autor:

Las posibilidades de mercado desde los países andinos en la zona de interconexión suramericana del Putumayo, tiene como centro sus recursos: el 52 % de las exportaciones de la Comunidad Andina consiste en productos de energía, tales como el petróleo, el carbón y el gas. Además representa el 25 % de la biodiversidad del mundo, 20 % del agua dulce del planeta, cuatro veces las reservas de petróleo del Mercosur, 74 % de las reservas de gas natural de América y el 75 % de la producción de carbón en América. (Galindo, 2010, p. 193)

La tercera consecuencia como parte de la atracción transnacional del territorio se basa en sus afluentes fluviales, además de que como piedemonte andino, posee ecosistemas esenciales de corredor estratégico para la extracción de recursos. Sin embargo, estas “maravillas” han significado para el territorio la aplicación de decisiones tomadas desde el centro del país sin previa legitimación local.

Estas dinámicas espaciales evidencian dos niveles de la colonialidad: una nacional, que prioriza nuevamente al Putumayo como fuente clave en procesos de reprimarización de la economía y, otra, en la “marginalidad” de la división internacional del trabajo, que lo especializa en la producción de materias primas para las regiones centrales.

De acuerdo con Germán Palacio (2010), la importancia del Eje Regional Panamazónico se debe a varios factores: la importancia estratégica del piedemonte, la navegabilidad del río Putumayo para el comercio, la construcción de dos ejes viales como son la Carretera Marginal de la Selva y el tramo Puerto Asis-Tumaco, que permiten la vinculación de la riqueza amazónica con el eje andino, y, finalmente, la estructuración del Sistema de Parques Nacionales Naturales como estrategia de conservación y lucha contra los cultivos de coca.

En esta argumentación, se pregunta Palacio: “Bogotá sigue siendo la capital de unos territorios nacionales, en un marco de doble colonialidad ¿por qué?” (2010, p. 48). La respuesta dada acude a que el imaginario sobre el piedemonte no ha cambiado en años: sigue siendo modelado por el conflicto sociopolítico y hoy se articula en torno a la extracción de petróleo y biocombustibles.

El caso del petróleo es diciente. Si bien representó uno de los mayores puntos de aprovisionamiento hasta la década de los cincuenta y se cuenta con reservas de producción de 250.000 barriles diarios, la cantidad es muy pequeña comparada con la economía venezolana que inyectó al mercado cerca de 2,37 millones de barriles al día (2007). Dos posibles fuentes de extracción petrolera son actualmente el río Rumiayaco y el Orteguzaza.

El antídoto actúa contra el veneno: configuración de los bioespacios

A este relato que ubica el petróleo como materia prima estratégica y que configura las espacialidades putumayenses en una escala de mercados globales (figura 2), se le contrapone la percepción de las espacialidades populares, para las cuales el petróleo ha traído especialmente militarización, corrupción, degradación ambiental y pobreza.

FIGURA 2. EXPLOTACIÓN Y CONCESIONES PETROLERAS EN PUTUMAYO



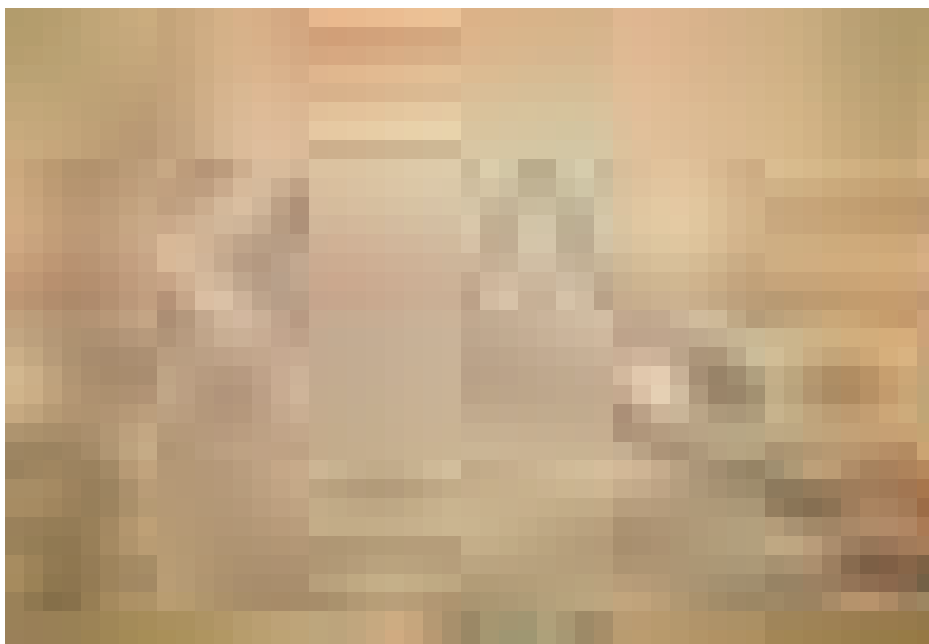
Fuente: Observatorio Nacional de Paz (2011).

En la perspectiva de los movimientos populares se ubican siete puntos de conflictividad socioespacial en torno a los principales centros de extracción petrolera, siendo los más críticos los de Villa Garzón, Orito, Puerto Limón, La Hormiga y Santana. Veamos cómo se representa esta dinámica desde la espacialidad popular (figura 3).

Al observar algunos aspectos de la figura 3, llama la atención que los principales ejes de movilidad sean los ríos en lugar del carretable Mocoa-Puerto Asís, hecho que evidencia otro sistema referencial en la interpretación del espacio popular que prioriza las fuentes de agua, eventualmente como ejes de vida y de interconexión antes que como lugares de flujo comercial o división fronteriza.

El segundo aspecto por destacar es la necesaria relación gráfica entre las torres de explotación petrolera (en negro) y la presencia de fuerzas militares

FIGURA 3. FUENTES DE CONFLICTIVIDAD SOCIOESPACIAL EN EL PUTUMAYO



Fuente: Observatorio Nacional de Paz (2011).

(en letra roja), tanto regulares como irregulares. Para los movimientos populares esta relación se establece en los siguientes términos:

Otra preocupación que tenemos es que en el municipio de Puerto Guzmán hay una empresa canadiense donde han detectado un pozo que arroja 100.000 barriles de crudo diario; imagínense ustedes el río Mocoa convertido en petróleo, llenándolo en tanques o en un oleoducto; esa es la triste realidad [...] por eso la intervención de los grupos armados de derecha para sacarnos del territorio. (Testimonio citado en Observatorio Nacional de Paz, 2011, p. 144)

Al observar la ubicación asignada a la guerrilla de las FARC, se hace evidente un relegamiento de sus zonas de acción hacia el sur del país, cuando hace quince años controlaba la casi totalidad de la zona rural en lugar de los territorios fronterizos del río San Miguel.

Producto de estas observaciones, si se acepta la tesis de Galindo en la cual sostiene que el poblamiento del departamento se ha dado especialmente en torno a la explotación petrolera, se derivan otras incidencias en la ocupación armada del territorio. Si se compara el mapa del patrón histórico de poblamiento (figura 4) con las lógicas de avance paramilitar y de producción petrolera en las percepciones de la espacialidad popular, se observa una coincidencia entre el avance de la extracción de petróleo entre los ríos Caquetá y Putumayo (las zonas amarillas en el mapa de poblamiento), San Miguel y Putumayo, con los lugares de ubicación de los paramilitares. ¿Cómo leer esta coincidencia?

Antes de responder a esta pregunta, es necesario tratar otros aspectos del uso de los recursos del petróleo en las poblaciones locales. De acuerdo con las percepciones de los líderes sociales de la zona, el uso de recursos de la Ley de Regalías está destinado al soborno de poblaciones, acción que se cumple alrededor de toda la vía pavimentada:

Como la empresa petrolera de manera muy astuta, ha venido ganándose a las 13 veredas que están sobre esta vía (Mocoa-Orito), haciendo la inversión que por obligación tiene que hacer con parte de las regalías, pero con la cofinanciación tripartita que llaman, en donde tiene que invertir el municipio y el departamento. Entonces cogen todas las regalías que son para la zona y todas las están invirtiendo en pequeñas obras que no tienen mayor impacto, y está quedando bien la petrolera porque está supuestamente generando el desarrollo, pero se están llevando lo que son los recursos y las regalías de todos los municipios. (Testimonio citado en Observatorio Nacional de Paz, 2011, p. 146)

En la anterior cita se evidencia que la financiarización producida por la explotación petrolera no se revierte de manera equitativa hacia los territorios. Ello pone en evidencia la necesidad de contemplar la idea de distribución ecológica de la que habla Martínez Alier (citado en Alimonda, 2011), ya que de esta estructuración dependerán las relaciones de poder local o se modificarán las espacialidades desde lógicas jerárquicas y excluyentes hacia nuevas maneras más horizontales y justas.

Por otra parte, Houghton (2008) complementa esta configuración de los espacios del capital señalando que el petróleo ha sido un factor de corrupción, especialmente para las comunidades indígenas:

FIGURA 4. PATRONES DE POBLAMIENTO HISTÓRICO DEL PUTUMAYO



Fuente: Gobernación del Putumayo (2011).

Ya en 1996 Roque Roldán registraba abundantes testimonios de cómo se dieron los procesos de “negociación” de la colonización petrolera en regiones como el Putumayo, Casanare y Guaviare. En el Putumayo la construcción de la carretera fue presentada por Ecopetrol como el beneficio que recibirían las comunidades afectadas [...] el método adoptado por los responsables de relaciones externas de Ecopetrol para sobornar a las comunidades o neutralizar su oposición a la explotación petrolera fue reiteradamente denunciado: la vinculación rotativa de indígenas en tareas no calificadas por periodos de cuatro semanas; el suministro regular de tiquetes aéreos especialmente a líderes notables y autoridades locales, y el establecimiento de una especie de burocracia aérea indígena; la financiación de proyectos condenados *a priori* al fracaso pero que implicaban la vinculación y subordinación contractual de cualquier posible opositor a la industria petrolera; todas estas modalidades se siguen utilizando. (p. 295)

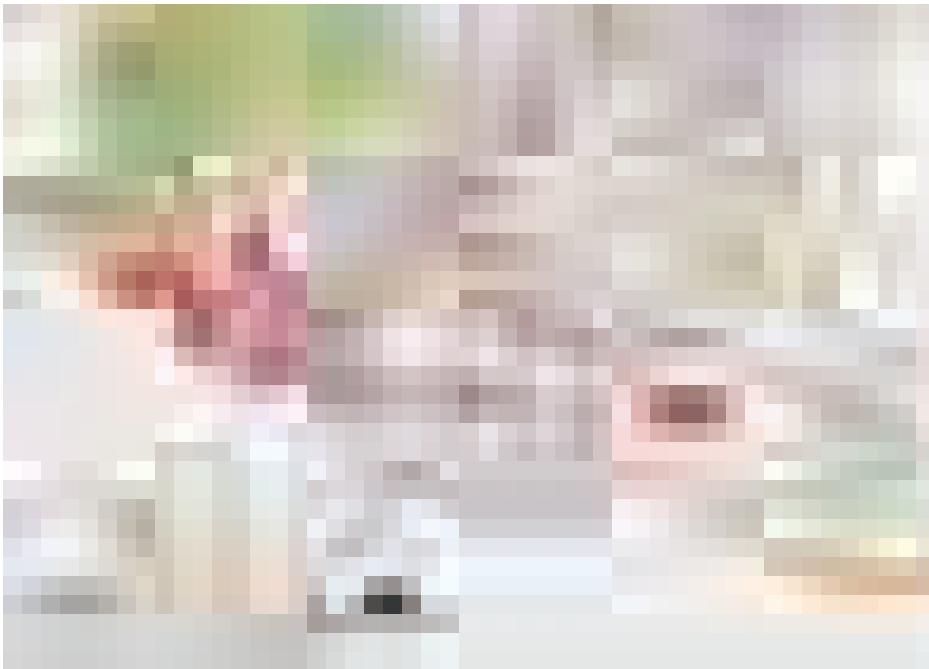
Otra de las consecuencias importantes de la espacialización producida por la explotación petrolera se relaciona con el despojo a identidades indígenas, que en el Departamento son 10 originarias y componen alrededor del 10 % de la población, porcentaje 5 veces más alto que el promedio nacional. Hoy se reconocen alrededor de 4 pueblos más que han llegado a habitar el depar-

tamento debido a la expulsión de que han sido objeto por las lógicas del conflicto armado, como por ejemplo los awá expulsados de Nariño, los nasa del Cauca y los embera chamí de Antioquia.

Houghton señala que “en Putumayo abundan los resguardos con extensiones menores a las 300 hectáreas (algunos no superan las 70) para poblaciones superiores a 400 personas, obligadas a vivir en los cascos urbanos y tener los resguardos como fincas; al mismo tiempo, cerca de 15.000 indígenas de 31 comunidades no tienen aún territorios legalizados” (2008, p. 295).

Frente a esta precaria situación de relación con sus territorios ancestrales, la desposesión se agrava si contemplamos la colonización petrolera; el mismo autor sostiene que: “En la actualidad, el departamento de Putumayo está dividido en 17 bloques petroleros, todos ellos superpuestos a territorios indígenas, que se han convertido en obstáculos a los procesos de titulación” (Houghton, 2008, p. 295) (figura 5).

FIGURA 5. CONFIGURACIÓN DE TERRITORIOS INDÍGENAS, PARQUES NACIONALES Y EXPLOTACIÓN PETROLERA EN EL SURORIENTE COLOMBIANO



Fuente: Cecoin (2008).

Una vez abordados los aspectos de la militarización del territorio, los ejercicios de despojo de este vía violencia en resguardos indígenas y zonas campesinas, la distribución ecológica inequitativa y la adecuación del territorio desde las lógicas del capital extractivo de recursos naturales hacia mercados internacionales, consideramos que está preparado el terreno para sostener que la nota dominante de la espacialización en el Putumayo se ha efectuado a partir de procesos de acumulación por desposesión, no solo en lo que corresponde a mercancías de circulación legal como el petróleo, sino también de carácter ilegal como el caso de la coca o las captadoras de dinero al estilo DMG.

En esta línea de pensamiento, de acuerdo con Glassman (2006), consideramos que la *acumulación primitiva* se entiende como el proceso histórico de separación del productor de su producto, transformando los sentidos sociales de la subsistencia y la producción en capital. Esta expropiación se realiza de manera violenta no solo físicamente sino simbólica y moralmente, ya que arrasa con los sentidos que estructuran la vida colectiva y las ideas del buen vivir.

La continuidad de la acumulación por desposesión en el territorio putumayense a lo largo de su historia expresa el hecho de que no se trata tan solo de una fase de la acumulación de capital, sino de un motor fundamental del desarrollo capitalista rural y urbano.

Sin embargo, diferimos del pensamiento de Glassman en la medida en que su interpretación pareciera considerar que esta acumulación originaria suele darse en el entorno urbano. En este sentido, la configuración de la espacialidad popular mostraría el proceso por el cual la zona rural también se manifiesta contra ese fenómeno de desposesión, pues es allí donde se ven sus mayores consecuencias en número de hectáreas y víctimas.

Resta señalar que la desposesión es posible gracias a la reproducción ampliada del capital expropiado, es decir, que se basa en una serie de valores sociales susceptibles de amortiguar el costo de la desposesión para ciertos sectores sociales desfavorecidos. Dichos valores se refieren, por ejemplo, a la noción de *naturaleza prístina*, de doble vaciamiento simbólico y poblacional del que ha sido objeto el Putumayo, ideas que constituyen el fundamento ideológico y de lectura de la alteridad que justifica la desposesión. Alrededor de la segunda subhipótesis veremos cómo opera ese conjunto de sentidos sociales.

Antes de cerrar esta reflexión, resulta interesante caracterizar la “coherencia estructurada del territorio” bajo el Plan Colombia, para retomar uno de los conceptos centrales de David Harvey. En la perspectiva de Germán Palacio (2010), esta coherencia se estructura desde tres ángulos. Primero, la

expresión del Putumayo como punto nodal del eje regional panamazónico, que ya abordamos.

Segundo, la constitución de una hegemonía empresarial que se basa en la afinidad tecnoespacial, una discusión política tecnocratizada, procesos de flexibilización laboral acompañados de precarización; además, produce un sentido particular de lo práctico organizado en competencias: las garantías laborales se desplazan al trabajador y la concentración de la rentabilidad. Hechos dicientes de esta hegemonía empresarial pueden ser la permanente convocatoria a los campesinos a partir del reconocimiento de sus capacidades empresariales y la organización de la política de desarrollo alternativo desde la implementación de proyectos productivos que se organizan en torno a encadenamientos productivos, como lo señala Ricardo Vargas (2010) en su trabajo de análisis de dichas políticas.

El caso de la palma africana expresa bien la oposición entre la espacialidad del capital y la espacialidad popular en el siguiente testimonio publicado por el Observatorio Nacional de Paz:

Hay gente que dice: voy a sembrar palma y me voy a beneficiar, eso es mentiras [sic]. Hay que explicarle que en la costa Caribe y en el Pacífico implementaron la palma matando a los dueños de las tierras. Acá ya han matado a unos pocos; sin embargo como ahora ya no les está dando resultado matar a la gente porque la comunidad internacional que defiende los derechos humanos está encima de ellos haciendo las investigaciones que están saliendo a luz, entonces ahora *le dicen al campesino que entre como socio*, usted va a vender una hectárea si a mucho le dan quinientos mil pesos, y si es para sembrar un cultivo de estos le dicen que le prestan diez millones de pesos, es decir que su finca y su hectárea de tierra no vale quinientos mil pesos sino de diez millones para adelante, hay que entender eso. Le dicen que le prestan, pero es para llevarlo como socio y luego le montan una cantidad de cosas que le impide al campesino pagar ese crédito, *finalmente se da cuenta que entregó la tierra, entregó todo el trabajo de él, el de los hijos y el de la mujer* esperanzado de que esa palma le iba a dar ganancias, resulta que en últimas termina endeudado, *le quitan la tierra y la finca pasa a manos de la multinacional que esté financiando*. Hay que tener en cuenta que los créditos en el Putumayo tienen un interés para el despojo de la tierra. (2011, p. 111)

En tercer lugar, la coherencia espacial se estructura en el espacio putumayense como una globalización *en y de* la Amazonia; con esta expresión, Ger-

mán Palacio (2010) se refiere en primer lugar a los flujos globales que tocan el territorio como, por ejemplo, la extracción de sus recursos naturales dirigidos al comercio internacional; en el caso de la globalización de la Amazonia, se refiere a esta como lugar estratégico de la acumulación por vía de la apropiación de la vida o su declaración como zona de interés mundial para la conservación en la cual los Estados ceden su soberanía a un actor con autoridad global. De esta manera, la coherencia estructurada del territorio convierte a la Amazonia en un espacio semántico ambiguo, que da lugar a múltiples interpretaciones y espacialidades como la que exploraremos a continuación: la popular.

La espacialidad popular: el antídoto que recompone la vida

Si se quiere comprender el sentido del manejo espacial que hacen los sectores subalternos en el Putumayo es necesario describir brevemente cuáles son las percepciones dominantes sobre dicho territorio.

Sobre la región amazónica priman dos miradas contradictorias: por una parte, la idea de *paraíso*, de “naturaleza prístina”, es una visión alimentada por el supuesto de que el territorio, de gran importancia geoestratégica, no solo aporta sus recursos sino la biodiversidad del terreno como ecosistema intertropical (Palacio, 2004, p. 25). Por otra parte, para poder explotar estos territorios se les ha asignado la figura de “desierto”, salvaje y vacío, sobre el cual solo es posible gobernar desde la capital, Bogotá, a partir de este vaciamiento.

El vacío simbólico asignado a la región genera la existencia de dos patrones de socialización, según la perspectiva de autores como María Clemencia Ramírez (2001) y Ricardo Vargas (2010): la exclusión y la estigmatización son las lógicas dominantes por las cuales los habitantes del territorio construyen sus identidades. Por una parte, la exclusión está marcada por la marginalización generada desde las lógicas de colonización, que interpretan el territorio como un terreno baldío, como un “vacío por civilizar”, y por otra, la estigmatización de sus habitantes como malos ciudadanos, criminales o “contaminados” con el negocio de las drogas.

Este apartado supone que paralelamente a los espacios del capital, en el departamento del Putumayo se ha estructurado un movimiento social por el desarrollo alternativo, con cuatro temporalidades diferenciadas, orientadas por un marco de sentido que se ha modificado a partir de la acción misma del movimiento, el cual propone sus propias soluciones espaciotemporales para salir de las crisis del capital.

Un movimiento en cuatro tiempos

La primera temporalidad de este espacio popular se ubica en la década de los ochenta, cuando cívicos, campesinos e indígenas reclamaron la presencia del Estado para la construcción de infraestructura social básica.

La segunda temporalidad se ubica durante la década de los años noventa en torno a la lucha por el reconocimiento de los actores del desarrollo alternativo debido tanto a la penalización del cultivador como a la fuerte interdicción de todas las etapas del narcotráfico.

En consecuencia, el movimiento de campesinos cocaleros de 1996 se enfrentó de manera directa a esta estigmatización en una lucha por su propio reconocimiento, y logró como resultado de la movilización conjunta con las organizaciones cívicas la firma de un plan de desarrollo que modificó la asignación presupuestal en el departamento y el Congreso Nacional (Ramírez, 2001, p. 218), liberándola de las redes clientelares locales, y que produjo la formulación del Plan Sur, o estrategia del Gobierno para el seguimiento de los acuerdos.

En estas negociaciones, el movimiento de campesinos cocaleros recurrió a la figura de la “armonía del desarrollo” y a la “integralidad” como dos condiciones *sine qua non* para revertir el curso de un desarrollo orientado por la vía de la acumulación originaria. Este recurso también denunciaba una división jerarquizada e inequitativa de la organización espacial hecha desde el Estado, bajo expresiones en las que se dice que el Putumayo es un territorio “olvidado y abandonado”. La visión intrínseca del territorio se manifestó también en la ocupación física de las vías, de las plazas, en el bloqueo de los puntos de comercialización y de control militar, lo que indica un conocimiento de su espacialidad y una manera diferenciada de manejarla.

Luego de un año de las negociaciones con el gobierno local y nacional, el acuerdo logrado por los cocaleros se fue desvaneciendo por varios motivos: los celos políticos entre los líderes del movimiento, un conflicto de poder entre estos y los jefes de los partidos tradicionales que los percibían como un enemigo para las siguientes elecciones locales y la desarticulación entre los gobiernos local y nacional a la hora de ejecutar los proyectos propuestos.

Ramírez considera que “la relación causal que se ha establecido entre el cultivo de coca y la generación de violencia desdibuja y oculta los procesos organizativos de los habitantes de estas regiones cocaleras” (2001, p. 285).

Esta invisibilización por parte del Estado de las formas organizativas propias de los habitantes del Putumayo es alimentada por factores como a) la equi-

paración que se hace del campesino cultivador de coca con el delincuente, lo que lo convierte en parte de las redes del narcotráfico y, por lo tanto, en un contraventor a la ley, y b) también proviene de la visión que tienen los funcionarios públicos sobre la región como una zona marginal, que carece de “organizaciones empresariales consolidadas” y de la capacidad de llevar a cabo proyectos productivos de forma “satisfactoria”. Esta mirada está ligada a una manera de concebir el desarrollo desde patrones de industrialización, crecimiento económico y acumulación de capital vía la exportación de bienes al extranjero.

La tercera temporalidad del movimiento por el desarrollo se caracterizó por la militarización del espacio, en la que primero hicieron presencia fuerzas paramilitares, y a partir del 2000 se intensificó la de las fuerzas armadas oficiales, como se observa en la figura 3. La priorización del uso de la violencia como forma de estructuración del territorio se expresó en un agravamiento de la crisis humanitaria que obligó al movimiento popular a un retorno sobre lo local o, en su defecto, al exilio, gracias al desplazamiento forzado.

En este caso, el movimiento fue despojado de su espacio y de los elementos vitales que este prodiga; las fumigaciones de cultivos ilícitos con glifosato se convirtieron en la estrategia de encerramiento bajo la cual se relanzó el desarrollo: poblaciones enteras vieron afectada su calidad de vida obligadas al desplazamiento, se vieron confinadas en sus territorios cercados por el control paramilitar y guerrillero como lo demuestran las poblaciones de El Tigre, El Pepino, Piñuña Blanco y Piñuña Negro sobre el río Putumayo.

Así las cosas, la (re)emergencia de lo local se convierte en la estrategia de protección que asumen los actores locales. Dicho cambio les permite explorar nuevos puntos de diálogo con la institucionalidad en torno a los consejos municipales de desarrollo rural. Este proceso tuvo dos implicaciones para el movimiento: el retorno de los mecanismos de diálogo para el gobierno del territorio y la proyección de la construcción de las zonas de reserva campesina, en donde el movimiento popular no renunció a sus propias interpretaciones del espacio, sino que las canalizó de manera novedosa. Esta iniciativa sería implementada por el Estado mediante la firma de 33 pactos municipales de erradicación voluntaria.

El retorno a lo local como punto nodal de conexión de los flujos globales tuvo también su expresión particular por parte del Gobierno nacional. Durante el segundo gobierno del presidente Álvaro Uribe se enfatizó dicho manejo con la realización de jornadas cívico-militares para recuperar la confianza de la ciudadanía y tácticamente establecer formas de control del territorio y las organizaciones sociales. Al respecto, Ricardo Vargas señala que:

[...] en relación con las zonas del sur de Colombia, que coinciden con las de colonización de la Amazonia/Orinoquia, siguen catalogadas como zonas de frontera y zonas de retaguardia de la insurgencia. Es verdad que la mayor parte de estas áreas se inscribe en un contexto de fuerte relación entre drogas y conflicto armado. No obstante, Usaid no comprometió su intervención en esas áreas, que han sido más objeto de la ofensiva militar contrainsurgente y de una fuerte intensificación de las fumigaciones y la erradicación manual forzosa. El rol “social” en este tipo de áreas (por ejemplo el bajo Putumayo) lo asume el modelo CCAI con una mayor injerencia de las Fuerzas Armadas. (2010, p. 119)

Finalmente, la cuarta temporalidad del movimiento tiene lugar a partir del momento en que, cansados de la respuesta militar y de la inoperancia de las políticas de desarrollo alternativo, en el 2006 los campesinos, las mujeres, los indígenas y los afros regresan al repertorio tradicional de las formas de protesta, se toman nuevamente las vías de forma pacífica y exigen al gobierno local la reestructuración de dicha política.

Como producto de esta iniciativa surge la Mesa de Organizaciones Sociales del Putumayo que agrupa a campesinos, indígenas, afros y mujeres, quienes emprenden la construcción de un Plan de Desarrollo Rural Integral que cubre la totalidad de los trece municipios del departamento.

Al respecto, una de las líderes de La Dorada cuenta que la formulación de ese Plan en su vereda se hizo con la participación de más de 500 personas, con las que sin financiación externa recorrieron a pie, en cada vereda, casa por casa, preguntándole a la gente cuáles eran sus principales problemas y cómo se deberían resolver. Igual método se utilizó en otros municipios hasta la formulación del Plan de Desarrollo Rural Integral en el que reaparecieron las ideas de *integralidad*, *armonía*, *ruralidad* y *alternatividad* como ejes estructurantes de una transformación territorial más equitativa, que contempla las múltiples espacialidades populares.

No obstante este proceso, considera Ricardo Vargas que “subsisten debilidades organizativas y de acción para la construcción de territorio en muchas regiones”, y que “a través de la búsqueda de un enfoque más colectivo, se pretende obtener una visión integral de territorio y de desarrollo” (2010, p. 125).

Posibles salidas a la oposición entre la espacialidad del capital y la popular, conclusiones parciales en el pensamiento de frontera

La historia ambiental crítica ofrece una serie de conceptos fundamentales para reubicar las propuestas de desarrollo de los movimientos populares en Colombia, si bien es una corriente casi inexistente en el país con respecto a su tradición más fuerte en Estados Unidos desde los años setenta y frente a las herencias de la escuela de los *Annales* en Francia; en nuestro país tiene sus primeros exponentes en autores como Germán Palacio y Alberto Flórez Malagón.

Estos autores, a partir de la década de los noventa, reconstruyen la relación entre naturaleza y cultura, considerándolas como una misma unidad ontológica, aunque epistemológicamente separables (Palacio, 2001, p. 12). Su interés consiste en mostrar cómo durante la mayor parte del siglo XX, especialmente a partir de los años cincuenta, los ecosistemas fueron considerados un problema frente a la posibilidad de estandarizar sistemas de producción agroindustrial, mientras que a finales del mismo periodo, la “naturaleza herida y globalizada” da lugar a un discurso de protección y preservación, llenado muy rápidamente con la idea del *desarrollo sostenible* (Palacio, 2001, p. 10).

En Colombia, la década de los ochenta marcó el inicio de una “naturaleza ambientalizada”, a partir de la cual se evidencia solo la necesidad de reconsiderar el modelo modernizador anterior en el que la naturaleza fue radicalmente separada de la humanidad con el fin de convertirla en un producto más apropiable en el proceso de acumulación. Este nuevo periodo de los años ochenta, supone la diversificación de formas de resistencia a la idea de *naturaleza modernizada* por parte de las comunidades locales, rechazo que será expresado principalmente por los movimientos campesino, ambientalista, indígena y afrocolombiano.

En la perspectiva de Germán Palacio, las resistencias de estos movimientos estuvieron organizadas en torno a la recuperación parcial de las prácticas tradicionales; la consagración de los derechos a la tierra y al territorio; la reivindicación de la autonomía legal y política; la defensa de la cultura endógena, el desarrollo sostenible y la biodiversidad.

Después de las críticas al desarrollo desde una perspectiva economicista, este trabajo ha considerado que el territorio es una fuente clave de la identidad de los movimientos sociales en función de los condicionamientos y acciones de resistencia frente a las políticas de desarrollo en el contexto de la globalización. La mayoría de los autores de la corriente neocrítica identifican

que la Amazonia es considerada un terreno tropical baldío, suposición que implica una sustracción simbólica de los recursos naturales que posee, y, en segundo lugar, se supone que está vacía de gente.

En contraposición a esa interpretación del doble vaciamiento del territorio, consideramos que el paisaje no puede ser exclusivamente una simple geografía física sin intervención humana, sino que el territorio es un paisaje politizado, históricamente habitado y modificado por factores antrópicos, idea que se nutre de la historia ambiental de Germán Palacio. Por lo tanto, nuestra lectura del departamento del Putumayo se basa en dos conceptos centrales:

- El primero es el de *verticalidad*, a partir del cual se explican las relaciones entre las civilizaciones indígenas que allí habitaron y sus relaciones con los Andes hasta las zonas bajas de la selva, por lo que alcanzaron un alto nivel de productividad. En función del problema de investigación planteado, este concepto es útil porque podría explicar las relaciones ecosistémicas y antrópicas no solo en el eje comprendido por ciudades como Bogotá, Mocoa y Puerto Asís, como ha sido tradicional, sino de manera analítica entre el Bajo, Medio y Alto Putumayo y su interacción interna, así como los lazos que teje con otros territorios de Nariño y el Huila.
- En segundo lugar, utilizamos la idea de *biota mixta* en donde el encuentro de las costumbres de los pueblos genera no solo un combate sino un reemplazo y complemento entre los hábitos de diferentes comunidades y una transformación de la *bios* de cada uno de estos, elementos que también le dan forma a la cultura de los pueblos. Se obtiene de esta interpretación que el territorio putumayense ha gozado históricamente de un proceso de transformación en el cual los sujetos —desde lógicas de colonización— han facilitado la obtención de recursos por vía extractiva así como otros colectivos humanos habrían favorecido su conservación. Un caso particular de este concepto podría ser aplicado en el análisis de la exigencia que hacen las comunidades locales de utilizar semillas de palma de aceite nativa del Amazonas dentro de las plantaciones industriales proyectadas en el departamento en lugar del uso de semillas de origen africano.

Esta lectura del territorio implica considerar las interrelaciones entre la cultura y el ecosistema, por lo cual nos apoyamos en los aportes de autores como Orlando Fals Borda (2000), María Clemencia Ramírez (2001) y Germán

Palacio (2004), en el sentido de que —además de ser una fuente de extracción de recursos— es especialmente un marco de sentido para la identidad y la reproducción de las condiciones de vida de las poblaciones locales.

Desde esta perspectiva, consideramos que la acción social y el espacio territorial son hermanos siameses, para decirlo con Fals Borda, por lo cual, en lugar de una mirada de espacio geográfico concreto, privilegiamos una mirada de “cronotopo” donde el espacio y el tiempo son unidades concretas pero transitorias de ocupación humana, es decir, recipientes o contenedores maleables y ajustables según la acción antrópica, en este caso, de los movimientos populares del Putumayo.

Si el vector local de la integración territorial resulta clave en nuestra forma de analizar el territorio, esta se liga además con los procesos de globalización (traídos por las lógicas de la neomodernización), razón que nos conduce a considerar que el territorio local se integra de manera performante a la acumulación de capital posfordista, permitiendo la coexistencia de la democracia representativa y del reconocimiento de las identidades locales a las que se les confiere mayor autonomía.

Otra globalización

Si se nos permite, esta es una línea de discusión con las miradas estrictamente negativas y homogéneas que desde el posdesarrollo y los estudios poscoloniales se han hecho del desarrollo. En nuestra visión, y de acuerdo con Jean-Philippe Peemans (2002), los procesos económicos de gran envergadura han sido muy ágiles en dotar a lo local de una nueva fuerza motora a través de la inserción regional competitiva y no lo han hecho de manera unívoca.

Por esta razón, nos parece útil el acercamiento de Fals Borda (2000) desde la idea de *tecnorregión* donde las vinculaciones creadas por avances científicos, técnicos e informativos desbordan en un nivel macro los límites de los territorios y las lógicas de acumulación y reproducción ampliada del capital.

Dado que el territorio no es transformado exclusivamente por las dinámicas de orden global, sino que consideraremos especialmente las generadas en el orden local, es así como el concepto de *bioespacio* se utiliza para referirse a la respuesta a procesos locales y regionales de desarrollo social, económico y político que vinculan actividades de producción y reproducción en

los recintos donde se ejecutan, y derivan elementos de continuidad social y de diversidad cultural.

En este sentido, las diversas respuestas globales cobran gran relevancia en la perspectiva de analizar la autonomía de los movimientos sociales, por lo cual es pertinente abordar el concepto de *espacio de los pueblos*, definido por Fals Borda como contenedores flexibles donde se articulan las principales luchas de resistencia popular e intelectual-cultural a la globalización.

Recurrir al concepto de *espacio de los pueblos* se sustenta en el reconocimiento de la exclusión y la estigmatización como patrones de socialización dominante en el departamento, que son además la base de nuestro análisis. Sin embargo, en esta lectura, nos parece importante considerar si los actores sociales asumen el “afuera” (de la comunidad política, del territorio, del sistema social dominante, del desarrollo, etcétera) como lugar de su acción política. Para el objetivo planteado en esta discusión, no solo nos interesa saber cómo se excluye la imagen del otro desde el poder tanto como las formas de adecuación al desarrollo y, sobre todo, cómo se expresan en el territorio las formas de creación y resistencia que las comunidades locales poseen. En este sentido, resulta interesante explorar cómo se oponen o complementan las lógicas del “capital social” frente a los lazos horizontales de sociabilidad popular propuestos por Peemans y, por lo tanto, el proceso por medio del cual el territorio constituye un lazo social y un lugar de identidad para la formulación de las propuestas propias de “desarrollo”.

Bibliografía

- Alimonda, H. (2011), *La colonialidad de la naturaleza: una aproximación a la ecología política latinoamericana*. Buenos Aires: Clacso.
- Betancourt, M. (2005). *Desplazamiento forzado en el departamento del Putumayo: una mirada desde los procesos económicos y la reestructuración del conflicto armado*. Ecuador: Universidad Andina Simón Bolívar.
- Betancur, M. S. (2012). *Acumulación por desposesión, se escapa del concepto y configura la radiografía de la realidad del conflicto en Colombia*. Medellín: Observatorio de Derechos Humanos/IPC.
- Castro-Gómez, S. y Guardiola, O. (2001). El Plan Colombia, o de cómo una historia local se convierte en un diseño global. *Nueva Sociedad*, 175, 111-120. Septiembre-octubre.

- Centro de Cooperación al Indígena (Cecoin). (2008). *La Tierra contra la muerte: conflictos territoriales de los pueblos indígenas en Colombia*. Bogotá: autor.
- Chávez, M. (1998). Identidad y representación entre los colonos e indígenas de la Amazonía occidental colombiana. En M. L. Sotomayor (Ed.), *Identidad, modernidad y desarrollo* (pp. 283-296). Bogotá: Icanh/Colciencias.
- Fals, O. (2000). *Acción y espacio: autonomías en la nueva república*. Bogotá: Iepri/Tercer Mundo.
- Flórez, C. E. (2009). *Órdenes sociales en el Putumayo antes y después del Plan Colombia*. Bogotá: Uniandes.
- Flórez, M. (2007). *Selva abierta, vía Pasto-Mocoa e Hidrovía del Putumayo: expresiones en Colombia de la Iniciativa de Integración para la Infraestructura Suramericana*. Bogotá: BIC.
- Galindo, P. (2010). Energía, megaproyectos y medio ambiente en la Amazonia. En G. Palacio (Ed.), *Ecología política de la Amazonia: las profundas y difusas redes de la gobernanza*. Bogotá: ILSA/Ecofondo/UNAL.
- Glassman, J. (2006). Primitive Accumulation, Accumulation by Dispossession, Accumulation by “‘Extra-Economic’ Means”. *Progress in Human Geography*, 30 (5), 608-625.
- Gobernación del Putumayo. (2011). *Cartilla Putumayo*. Mocoa: autor. Recuperado de www.putumayo.gov.co
- Guerrero, A. (2005). *Colombia y Putumayo en medio de la encrucijada, narcotráfico, fumigaciones, economía y soberanía*. Bogotá: Claridad.
- Guerrero, A. (2010). *Verdades y mentiras, DMG y la crisis económica globalizada*. Bogotá: Claridad.
- Harvey, D. (1990). La producción de las configuraciones espaciales: las movi- lidades geográficas del capital y el trabajo. En D. Harvey. *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Harvey, D. (2007a). El cuerpo como estrategia de acumulación. En D. Harvey. *Espacios de esperanza*. Madrid: Akal.
- Harvey, D. (2007b). La geografía de la acumulación capitalista: reconstruc- ción de la teoría marxiana. En D. Harvey. *Espacios del capital: hacia una geografía crítica*. Madrid: Akal.
- Houghton, J. C. (2008). Invasión petrolera: estrategia petrolera en los territorios indígenas. En Cecoin. *La Tierra contra la muerte: conflictos territoriales de los pueblos indígenas en Colombia* (pp. 279-312). Bogotá: autor. Re- cuperado el 29 de mayo del 2014 de <http://www.prensarural.org/>

- Mançano, B. (s. f.). *Movimientos socioterritoriales y movimientos socioespaciales: contribución teórica para una lectura geográfica de los movimientos sociales*. Recuperado el 1º de enero del 2011 de www.prudente.unesp.br/dgeo/nera
- Martínez, P. (2012). Tendencias de acumulación, violencia y desposesión en la región del Catatumbo. *Revista de Ciencia Política*, 13, 113-149. Enero-junio.
- Marx, K. (1986). *El capital: crítica de la economía política*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Miller, R. A. (2005). Palabras y resistencias de mujeres del Putumayo en el contexto del conflicto armado colombiano. *Convergencia*, 12 (37), 85-114. Enero-abril.
- Observatorio Nacional de Paz. (2011). *Escenarios, actores y dinámicas de la conflictividad socioterritorial en Colombia: narrativas, miradas y percepciones desde la subalternidad* [Hipertexto nacional]. Recuperado en abril del 2011 de www.observapaz.org
- Oslender, U. (2008). La espacialización de la resistencia: perspectivas de espacio y lugar en la investigación sobre movimientos sociales. En U. Oslender. *Comunidades negras y espacio en el Pacífico colombiano: hacia un giro geográfico en los estudios de los movimientos sociales* (pp. 61-97). Bogotá: Instituto colombiano de Antropología/Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca/Universidad del Cauca.
- Palacio, G. (2004). *Civilizando la tierra caliente: la supervivencia de los bosques amazónicos, 1850-1930*. Bogotá: Comunican/El Espectador.
- Palacio, G. (Comp.). (2010). *Ecología política de la Amazonía colombiana: las profundas y difusas redes de la gobernanza*. Bogotá: ILSA.
- Peemans, J. P. (2002). *Le développement des peuples face à la modernisation du monde*. Lovaina la Nueva: Académie Bruylant/L'Harmattan.
- Porto-Goncalves, C. (2006). A reinvencao dos territorios: a experiencia latinoamericana e caribehna. En A. Ceceña, *Los desafíos de las emancipaciones en un contexto militarizado*. Buenos Aires: Clacso.
- Poveda, S. L. (2004). *Política antidrogas y sus efectos en la vida y cuerpo de las mujeres*. Medellín: Ruta Pacífica de las Mujeres.
- Ramírez, M. C. (2001). *Entre el estado y la guerrilla: identidad y ciudadanía en el movimiento de los campesinos cocaleros del Putumayo*. Bogotá: Icanh.
- Salgado, H. y Fajardo, D. (2009). El campesinado de la Amazonía colombiana: una historia de menosprecio institucional, constitución identitaria y lucha por el reconocimiento. *Novos Cadernos, NAEA*, 12(2), 115-136.

- Santos, M. (1990). *Por una geografía nueva*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Sassen, S. (2010). *Territorio, autoridad y derechos: de los ensamblajes medievales a los ensamblajes globales*. Buenos Aires: Katz.
- Vargas, R. (2010). *Desarrollo alternativo y participación social en Colombia: propuestas hacia un camino de estrategia*. Bogotá: DIAL/Corcas.
- Zibechi, R. (2007). *Dispersar el poder: los movimientos sociales como poderes antiestatales*. Bogotá: Desde Abajo.